

cuanto quisieran; eximióse á los indígenas del tributo que pagaban, y se proscribieron los repartimientos abusivos que autorizaba la práctica en algunos distritos, así como también la *mita* ó trabajo forzado de los indios en las minas. Desaparecida de Cádiz la fiebre amarilla que la asolara durante el Otoño del año anterior, las Cortes resolvieron trasladarse á dicha ciudad, donde reanudaron sus sesiones el veinticuatro de Febrero, leyéndose los presupuestos y adoptándose acuerdos de carácter económico; pues el estado del Erario era deplorable. También se abolieron la tortura y los llamados apremios; se suprimieron, por la ley de seis de Agosto, largamente discutida, los señoríos y derechos jurisdiccionales, las prestaciones de origen feudal y los privilegios prohibitivos, privativos y exclusivos.

Volviendo ahora á los sucesos de la guerra, tócanos decir que Suchet, en cumplimiento de las órdenes recibidas del Emperador, una vez obtenidos sus últimos triunfos en Cataluña, se dirigió al reino de Valencia al frente de veintidos mil hombres; se apoderó por capitulación del castillo de Oropesa; derrotó á Blake cerca de Sagunto y rindió esta plaza, ocupándose á continuación en preparar el cerco de la capital, que llegó á acordonar completamente. Dentro de ella estaba Blake. Valencia no era plaza de primer orden, y las bombas de los sitiadores causaron en su recinto destrozos incalculables. La ciudad se dividió en dos bandos, uno que deseaba entregarse, y otro, que sostenía la necesidad de seguir resistiendo. El enemigo se había establecido, aunque sufrieron costosas pérdidas, en los arrabales de Ruzafa, Cuarte y San Vicente, no distando en ciertos parajes sino algunas varas del muro, contra el cual levantaba nuevas baterías; en esta situación, el general en jefe envió á decir á Suchet que capitularía, bajo condición de salir libremente de la ciudad con su ejército. No aceptó el mariscal francés lo propuesto, y, reunido en la plaza un consejo de guerra, acabóse por firmar la capitulación el nueve de Enero de mil ochocientos doce. Suchet prometió respetar las personas y propiedades de los particulares, y al ejército, prisionero de guerra, se le concedieron honores militares. Al día siguiente, las tropas españolas, que sumaban diez y seis mil hombres, desfilaron por la puerta de San José y depusieron las armas. Blake fué conducido á Francia y encerrado en Vincennes, de orden de Napoleón, que premió al vencedor otorgándole el título de duque de la Albufera.

En el mismo mes de Enero, entró en Murcia el general Soult, hermano del mariscal, con algunos batallones y escuadrones; impuso al vecindario pesadas contribuciones, y estaba en opíparo banquete con sus oficiales cuando le sorprendió el general del tercer ejército español; don Martín de la Carrera, que había penetrado en la ciudad con cien ginetes esperando que otras fuerzas le secundarían. No se cumplieron, sin embargo, sus órdenes, y acosado por todas partes, murió heroicamente sin querer rendirse. Murcia fué entonces saqueada, y el enemigo se retiró aquella misma noche, cargado de botín, come-

tiendo en todo el camino de Lorca iguales ó mayores tropelías. Estos y otros reveses eran en parte compensados por la valerosa resistencia que opuso Tarifa al general Leval, que la había sitiado. Leval tuvo, al fin, que levantar el cerco, yéndose hacia Vejer y Medina, después de haber perdido dos mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros; y hecho más impotente aún fué la toma de Ciudad Rodrigo, realizada por Wéllington el diez y siete de Enero, tras formal asedio é impetuoso asalto. La plaza, puesta en estado de defensa, fué entregada al general Castaños, y las Cortes decretaron dar las gracias al ejército anglo-portugués, concediendo al general vencedor la grandeza de España con el título de duque de Ciudad-Rodrigo.

Continuaba, por tanto, la serie alternada de victorias y derrotas que marcaran el curso de la guerra en la Península Ibérica desde su principio. Sin embargo, á partir ya de esta época, pudo observarse que los franceses estaban cansados de lucha tan incesante y terrible. El hambre asolaba á Madrid, donde la libra de pan valía más de una peseta; el bloqueo de Cadiz era calificado de «eterno» por los mismos sitiadores, y dentro del recinto de la hermosa ciudad, baluarte sagrado de nuestra independencia, las Cortes, con asombrosa constancia y civismo nunca bastante ponderados, seguían echando los cimientos de la España moderna y aprobaban la gloriosa Constitución de mil ochocientos doce, que el diez y nueve de Marzo se promulgó solemnemente; Wéllington recuperaba á Badajoz el seis de Abril; la mayor parte de los ejércitos franceses se hallaban en el más deplorable estado; carecían de almacenes; les faltaba artillería de campaña, y la de sitio había caído en poder de Wéllington en Ciudad-Rodrigo; andaban atrasadas las pagas de los soldados, y estos se entregaban al robo, y al saqueo. Fué entonces cuando Napoleón, en vísperas de emprender su expedición á Rusia, comunicó nuevas órdenes á su hermano. Furioso contra sus mariscales, dió á José el mando supremo de los ejércitos de la Península, confiando á Jourdan el cargo de jefe de Estado Mayor, con gran descontento de Soult y demás generales. En una relación presentada por Jourdan al rey intruso el veintiocho de Mayo, se evidenció que, aunque los franceses contaban aquende los Pirineos con cerca de trescientos mil combatientes y Wéllington sólo disponía de sesenta mil, si éste último avanzaba sobre Madrid, no sería posible oponerle sino cincuenta mil todo lo más.

Dejamos á Napoleón en Dresde, recibiendo los homenajes de los monarcas y príncipes de Alemania y acordando la traslación de Pio VII de Savona á Fontainebleau. Pues bien, desde la capital sajona, se dirigió el Emperador á Polonia, entrando el treinta de Mayo en Posen, donde se le aclamó con delirante alegría. Los nobles polacos le visitaron en traje de corte. «Preferiría, les dijo Napoleón, haberos visto calzadas las espuelas y el sable á la cintura, como iban vuestros abuelos». En seguida, continuó su marcha hacia el Niemen, en vez de ir á Varsovia, como hubiera sido lo prudente. Tampoco anduvo acertado al nombrar representante suyo en el Gran Ducado á Pradt, arzobispo de Malinas, supó-

niendo en un dignatario de la Iglesia tendría más influencia que ninguna otra persona en un país tan católico. Según las instrucciones comunicadas á Pradt el veintiocho de Mayo, debía éste convocar á la Dieta para que decretara el restablecimiento de Polonia, formar *confederaciones* en toda la extensión del territorio y provocar un levantamiento general. Mas no era el arzobispo de Malinas el hombre que se necesitaba en aquellas circunstancias en Polonia, si Napoleón procedía de buena fe, cosa harto dudosa, según luego veremos; así es que, llegado á Varsovia el cinco de Junio, ocupóse en corregir los discursos que habían de pronunciar en la Dieta los jefes polacos, á fin de ajustarlos á las reglas de la Preceptiva y á los cánones del buen gusto, y no bien estuvo reunida la Asamblea, sólo pensó en disolverla cuanto antes, temeroso de los transportes á que se pudiera entregar tanta gente como había acudido. El veintidós de Junio, en la apertura del Congreso, el príncipe Czartoryski anunció la restauración de Polonia en frases vehementes y patéticas, que arrebataron de entusiasmo á los oyentes. La Dieta se declaró *confederada*, decidiendo que, en lo sucesivo, no hubiera *súbditos mixtos*, es decir, sometidos simultáneamente á la soberanía del Gran Ducado y á la del Czar, á consecuencia de lo cual, el príncipe de Czartoryski envió al Emperador de Rusia la renuncia de todos sus cargos y empleos. El arzobispo de Malinas, no haciéndose cargo de la situación, escribía á Bassano: «Irían demasiado deprisa si se les dejase». Deseoso, pues, de moderar sus ímpetus, disolvió la Dieta al cabo de tres días, y como se creyó que la orden venía del Emperador, los franceses enmudecieron y los polacos se enfriaron. Al enterarse Napoleón de lo ocurrido, demostró gran enojo, reprendiendo severamente al Arzobispo. No obstante hay motivos para creer que éste no se apartó mucho de los deseos del Emperador en el punto concreto de la disolución de la Dieta, teniendo presente lo confesado por el mismo Napoleón, en carta dirigida á su confidente el conde de Narbonne, el doce de Marzo anterior: «Ya lo sabéis, le decía, la guerra en mis manos era el contraveneno de la anarquía, y ahora que quiero valerme nuevamente de ella para asegurar la independencia del Occidente, he de procurar que no despierte lo que antes ha ahogado, el espíritu de la libertad revolucionaria. Avistaos con Bassano, él os hará cuenta de mis dificultades con Polonia. —Yo, por mi parte, amo á los polacos en el campo de batalla; son una raza valiente; pero, por lo que hace á sus asambleas, á su *liberum veto*, á sus dietas á caballo y sable en mano, debo decir que me gusta oír hablar de tales cosas. Bastante tenemos en el Continente con las locas Cortes de Cádiz. No os hagáis ilusiones; si hoy resucitase una Polonia semi-republicana, sería una complicación mucho más grave que si hubiera continuado existiendo siempre. Bajo su antigua forma, Polonia podía prolongar sin grandes daños su miserable existencia; hoy, en cambio, necesitaría incendiar las casas de sus vecinos para asegurar la suya propia, y no le sería dado adquirir fuerzas sino mediante una propaganda diabólica. Lo he meditado muy bien; quiero tener en Polonia un campamento, mas

no un foro. Haré á Alejandro una guerra decorosa con dos mil cañones y quinientos mil soldados, pero sin escándalo; le arrebataré á Moscou y le empujaré al Asia; mas no toleraré un club ni en Varsovia, ni en Cracovia, ni en ninguna otra parte. Esto no lo digo por consideraciones de familia hacia Austria, que tanto ha contribuido al fraccionamiento de Polonia. En último término, podría indemnizarla de alguna otra manera, por ejemplo, devolviéndole la Iliria, y de esta suerte y á este precio, arrebatarle su parte de Polonia, sin que tuviera motivos para quejarse de ello. Es más, este cambio ya ha sido previsto. Pero no me conviene resucitar un foro republicano en Europa y en una nación de veinte millones de habitantes, guerrera, sin industria, lindante con Bohemia, antiguo país de hussitas y taboritas, capaz de entregarse á cualquier fanatismo místico ó demagógico, que nos contrariaría mucho. No; yo quiero que Polonia sea sencillamente una potencia disciplinada para *amueblar* un campo de batalla. En esto estriba la cuestión: hacer latir la fiebre nacional de los polacos, sin despertar sus sentimientos liberales, y caminar rápidamente á la meta, arrastrando al norte una gran masa de gente».

De cualquier modo, la imprevista clausura de las sesiones de la Dieta fué gravísima falta. Otras se cometieron á continuación, como, por ejemplo, la de perder el tiempo en proveer á los reclutas polacos de uniformes á la francesa y, sobre todo, la de diseminar á sesenta mil de aquellos entre siete cuerpos de ejército distintos, con lo que, como en sus *Memorias* dice Pradt, que aprovecha este yerro para vengarse de las censuras de Napoleón, se hizo «invisible» contingente tan considerable de polacos. En fin, el paso del Gran Ejército se señaló en Polonia, lo mismo que ocurriera en Alemania, por excesos de toda clase, de manera que esto contribuyó también á entibiar el amor de los naturales hacia sus pretendidos libertadores.

Las tropas reunidas por Napoleón en Alemania y Polonia el primero de Junio, comprendían once cuerpos de ejército, sin contar la guardia imperial y la reserva de caballería mandada por Murat, sumando en junto seiscientos setenta y ocho mil hombres, ó sea, cuatrocientos ochenta mil infantes, cien mil ginetes, treinta mil artilleros y sesenta y ocho mil encargados de material de puentes y toda la enorme impedimenta. De este inmenso ejército, más de la mitad lo formaban los extranjeros, holandeses, prusianos, alemanes, italianos, suizos, ilirios, croatas, portugueses, hasta españoles, tanto que los rusos le designan con el nombre de «ejército de las veinte naciones.» Y aún tenía el fiero déspota ciento cincuenta mil soldados, de Francia, cincuenta mil en Italia, trescientos mil en España, es decir, entre todos, un millón ciento ochenta y ocho mil hombres, cuyas vidas estaba siempre dispuesto á sacrificar á sus ambiciones y á su soberbia. Según el plan trazado por el Emperador de los franceses, los cuerpos desde el primero hasta el quinto, y á más el octavo, debían avanzar al corazón del territorio ruso, con la guardia y la caballería de Murat; el sexto y el décimo habían de detenerse en el Dvina, para cubrirel